

Discurso pronunciado por el Dr. Demetrio Sodi Pallares  
el día 4 de marzo de 1964 al tomar posesión  
de la presidencia de la Academia Nacional  
de Medicina

- Sr. Dr. don Conrado Zuckermann, representante personal del señor Secretario de Salubridad y Asistencia.  
Sr. Lic. don Benito Coquet, Director General del Instituto Mexicano del Seguro Social,  
Sr. Dr. don Luis Méndez, Subdirector Médico del I.M.S.S.,  
Sr. Dr. don Xavier de la Riva, Subdirector Médico del I.S.S.S.T.E.,  
Sr. Dr. don Bernardo Sepúlveda, Jefe de Planeación de los Servicios Médicos del I.M.S.S.,  
Sr. Dr. don Donato G. Alarcón, Director de la Facultad de Medicina,  
Sr. Dr. don Manuel Mateos Fournier, Presidente de la Academia Mexicana de Cirugía,  
Sr. Dr. don Alfonso Alvarez Bravo, Presidente de la Academia Nacional de Medicina,  
Señores miembros de la Mesa Directiva de la Academia,  
Señores Académicos,  
Señoras y señores:

**N**O SÉ SI FUE el azar o fue el destino, el que permitió que en el Año del Centenario de nuestra querida corporación tuviera el honor de oficiar de presidente de la misma. Los sentimientos de mi espíritu son complejos; por una parte quisiera atraer vuestra atención "con un tono de clarinada para manifestaros mi regocijo, olvidándome por completo de la falsa modestia que tan importante papel juega dentro de la hipocresía social"; por otra, se me impone el reconocimiento de la alta calidad de los señores académicos, hombres calificados dentro de la ciencia, quienes me han hecho recapacitar sobre las grandes limitaciones que no he podido superar.

Cuando contemplo la recia personalidad de un académico tan distinguido, tan excepcionalmente dotado, trabajador incansable, como es el Dr. Alfonso Al-

varez Bravo, me parece anacrónico que presidentes tan capaces dejen su posición para acatar un reglamento, y fuerza será confesar que mucha atención presté a su labor de organización y ordenamiento.

Puedo anticiparos que el Congreso del Centenario será un éxito científico, tanto en el campo nacional como en el internacional, y la labor preeminente de Alfonso Alvarez Bravo, es la causa eficiente, dicho sea en sentido aristotélico, de este augurio.

No quiero pasar por alto la labor complementaria de los diferentes comités, ya que éstos constituyen los motores de la estructuración del mismo congreso. Todos los académicos integrantes, así como los que colaboran más próximos con Alfonso Alvarez Bravo, ofrecen su esfuerzo y su tiempo sin cortapisas de ninguna especie, demostrando el cariño que le tienen a la Academia y el donaire con que lo manifiestan.

Sabía de antemano las dificultades que encontraría para elaborar un discurso que cristalizara mi sentir respecto a la Academia, la organización médica más destacada del país, a la que considero, aprovechando la sinécdoque, la sociedad médica por antonomasia. La Academia tiene ciertas características esenciales que la distinguen de las otras sociedades médicas. Mas ¿cuáles son esas características? ¿cuál es la esencia misma de la Academia? Si lograra elaborar en este discurso ciertas orientaciones que llevaran a otros académicos, más capacitados que yo, a determinar la forma o esencia de nuestra corporación, me sentiría profundamente satisfecho. Ved, pues, lo que viene más adelante, como un simple ensayo de un académico cuya posición filosófica es calificada de pretérita ya que no puede aceptar las soluciones radicales materialistas dadas para este mundo en que vivimos por un hegelianismo de izquierda. Creo, con Gustavo Thils, que el hombre no está regido y dirigido por una historia que lo domina sino que al contrario es el hombre el creador de la historia a la cual confiere simultáneamente significación. Podemos admitir que la historia determina en cierta medida nuestros actos, pero solamente dicho de esta manera: en cierta medida; ya que es el hombre el que forja los acontecimientos con su inteligencia. Hermosos ejemplos encontramos en la historia de nuestra querida Academia que refuerzan el aserto anterior y es lo tradicional una primera característica esencial de nuestra corporación.

Por tradición o historia académica debemos entender la marcha hacia adelante de las grandes fuerzas de la ciencia y técnica médicas, realizadas por los académicos que nos precedieron y que determinan que nuestros esfuerzos apunten en la misma dirección hacia el estudio e investigación de la medicina. No hay otra sociedad médica en el país con cien años de vida activa, de esfuerzo ininterrumpido, con el único propósito que el de conocer las leyes que rigen los fenómenos de la naturaleza humana para actuar sobre ellos, en beneficio del hombre.

Los académicos son escogidos en una selección rigurosa que tiene como antecedente casi obligado el pertenecer a otras sociedades médicas del país y extranjeras. Tal antecedente se toma muy en cuenta como un hecho positivo en la aceptación. No hay duda que es más difícil llegar a ser académico que pertenecer a otras sociedades médicas. Se requiere cierta madurez científica y espiritual, determinado nivel de cultura no solamente médica sino general, así como cierto grado de moralidad y actitud humanitaria. Las otras sociedades médicas van tamizando a los futuros candidatos para la Academia, de tal manera que, cuando alcanzan la meta, son hombres que, como dije en un principio, tienen alta calidad polifacética, lo que constituye una segunda característica esencial de nuestra corporación.

El campo científico que abarca la Academia Nacional de Medicina es más extenso que el correspondiente a cualquiera otra sociedad; en otras palabras, la corporación se interesa en todas las especialidades; por ello, dije, cambiando el nombre propio por el apelativo, que la Academia constituye la sociedad médica por antonomasia.

Las tres características esenciales a las que me he referido son evidentes directamente y se adquiere conciencia de las mismas de manera espontánea, sin ilaciones complejas. A continuación me refiero a otras que son, de acuerdo con mi saber y entender, características indispensables, mas si no lo fueran, conveniente sería que hubiera la disposición adecuada para tales menesteres.

Me refiero a la unidad que debe reinar en el medio académico y a la labor de síntesis que se debe realizar. Cada vez hay más tendencia en medicina a profundizar en campos específicos, a aislarse en un mundo limitado, lleno de verdades fascinantes, lleno de otras por descubrir, infinito en profundidad, pero de todos modos, limitado por los campos circunvecinos. Al vivir en una o dos dimensiones, por más extensas que ellas sean, se pierde la vista del conjunto que lleva a la unidad conceptual. Juzgo que la mayoría de los académicos, y en este grupo me incluyo, con honrosas excepciones, no buscamos o no nos esforzamos por seguir abarcando tal unidad conceptual que crece desmesuradamente, pues corresponde a la integración de todos los adelantos en cada una de las especialidades médicas. Si tal cosa buscáramos, asistiríamos con más puntualidad a las sesiones ordinarias que son la fuente prístina en donde tales interrelaciones pueden adquirirse sin mayor dificultad o impedimento.

Los académicos estamos obligados para con México en aspectos muy diversos y uno que me parece fundamental, se refiere a la síntesis que debe realizarse para cfrerarla a otras sociedades médicas, y sobre todo, al médico general, al de provincia, al del Seguro Social, al que sigue independiente, al que no pertenece a sociedades médicas, al médico sencillo y humilde, al que está temeroso de asistir a los congresos por el aislamiento en que se encuentra o por el temor de mostrar sus limitaciones, al médico olvidado, al rezagado en conocimientos,

pero que continúa activo, para él, se deben ofrecer los conocimientos sintéticos de la medicina moderna. Sé de antemano que la labor de síntesis es la más compleja; pero ¿no acaso somos académicos? ¿no acaso estamos debidamente preparados para labor de tal envergadura? Creo que este ha sido el propósito fundamental de las Jornadas Médicas de la Academia que tanto éxito han alcanzado. He pensado en la posibilidad de que hubiera pequeños cursos de síntesis que fueran ofreciendo en sucesión todos los académicos que lo desearan. Este programa, por otra parte, sería digno de la confianza que ha depositado el Gobierno de la Nación en la Academia de Medicina, al nombrarla organismo consultivo del mismo para que las actividades médico-sociales de la corporación sean en beneficio de la comunidad.

La esencia de la Academia de Medicina ha quedado resumida en 5 puntos principales: 1. Su historia o tradición. 2. La calidad científica y moral que se exige a los académicos. 3. La Academia Nacional de Medicina puede ser considerada como la Sociedad Médica por Antonomasia. 4. La unidad conceptual en la que se agrupan todas las especialidades médicas. 5. La labor de síntesis que la Academia debe realizazar, en todo momento, para beneficio del médico mexicano.

Sobre estas bases no es difícil delinear un programa o, al menos, un propósito que esté impelido con el más alto pensamiento y con la más bella luz que nuestra corporación haya acrisolado en la experiencia que le dan cien años de ininterrumpida vida.

Los primeros esfuerzos deben estar orientados a continuar la labor de Alfonso Alvarez Bravo y de la comisión organizadora del congreso, para que la brillantez de éste sea digna de la pujanza que ya México luce en el mundo entero.

Reafirmar la unión científica y espiritual entre todos los académicos con signos ciertos de indisoluble armonía, es otro propósito que a mi mente está sometido.

La labor académica debe romper las ligaduras que la atan a su fatigado aislamiento, para que sean partícipes de su esencia todos los galenos de la gran nación azteca y puedan los humildes departir sin recelo con los más encumbrados. Los cursos de síntesis a los que me referí, podrían ser uno de los caminos que evitaran la fatiga en alcanzar tan ardoroso anhelo.

Varios ex-presidentes de la Academia, profesores fueron, y amigos míos. De otros supe, y se acrecentó mi admiración, sólo al través de la leyenda. La leyenda mágica que aprisionada dentro de las arcadas coloniales de la vieja escuela, solitaria vaga. Id con alguien que conozca de esas viejas historias, de los viejos maestros, y la leyenda y vuestra admiración crecerán de nuevo, como caudaloso río lleno de ciencia, de esperanza y de amor. Eso es lo que representan los ex-presidentes de quienes ahora solamente la ruta sigo; más el tiempo todo lo borra e inclemente quiere destruir las voces que no deben morir.

En momentos como éste, podemos comprender más intensamente aquellos

valores que persisten, pese a nuestra indiferencia. Digo indiferencia; pues que acaso no es verdad que se oye hablar poco de los viejos maestros. Sus voces parecen calladas. Sus pensamientos parecen dormidos. No nos causa inquietud el ver sus retratos colgados. Nunca inquirimos por sus nombres y viejas costumbres. Ya no importa saber quien era ese anciano de cabellos blancos y ojos azules. Ni quien el maestro bajito, con visaje en la boca y chiste oportuno. Ni aquel sabio endocrinólogo, tan distinguido en bondad y prestancia, conocido como un gran caballero.

Viejos y queridos maestros, vuestra sabia enseñanza en nosotros perdura. Bien sabemos que por vuestros esfuerzos fue adquiriendo renombre esta corporación. Dirigid nuestros pasos para que en este año del centenario estemos a la altura de vosotros. Permitid que en vuestro nombre haga un llamado para que la concordia y armonía entre todos los académicos exista, ya que todos unidos, oíldo bien, solamente unidos, le damos vida y personalidad a nuestra querida Academia.